

—por desesperación— si la soledad debiera terminar. Y preguntémonos también, preguntémonos ahora, si después de todo fue de otra manera en la época de sus descubrimientos, cuando su exaltación era tan grande que parecía desplazar a la duda. Quizá fuera él quien descubría «la llave del último cofre», en el momento del triunfo, torturado por la muerte de Anatole. Y quizá se muestre de nuevo, aunque de modo diferente, en la correspondencia de esta primera época. Es necesario volver a esas cartas a Cazalis y a Lefébure.

IV

En resumen: aun en los tiempos en que Mallarmé parecía verdaderamente dar parte a algunos amigos de las inquietudes más íntimas de su pensamiento, ¿no había ya en esa palabra aparentemente confiada, una reserva, una preocupación, y tal vez también una estrategia para disimular el plan oculto? Con esta pregunta en mente podemos recordar, de pronto, hasta qué punto las relaciones que establece en 1866 y 1867, los hechos que acaba de vivir, por completos que parezcan, están expuestos de modo elíptico y oscuro. Lo prueba el debate entre los comentaristas, desde las primeras publicaciones. Se puede reconstruir la investigación de Mallarmé, pero no comprobarla. Y es verdad, a pesar de todo, y ya lo he señalado, que esta reconstrucción se ayuda con todo lo que Mallarmé, al margen de su palabra principal, apunta en cuanto a su existencia de entonces. Hace de ésta el lugar mismo y uno de los medios de su reflexión, y ha podido sentir, intuitivamente, que aclaraba su pensamiento hablando con Cazalis o Lefébure de las irritantes conversaciones domésticas y el nacimiento de Genoveva. Pero creo que debemos preguntarnos si estas informaciones tan bien explicadas no ocultan otro designio, que podría ser el de velar, con estas noticias tan febrilmente transmitidas «desde los más altos glaciares de la estética», cierta pregunta muy precisa que es causa de inquietud en su sujeto.

Para empezar, hay que constatar acabadamente hasta qué punto Mallarmé intenta muy poco —a pesar de lo «perfectamente muerto» que se considera— desaparecer de una escena donde lo absoluto dice haber triunfado del azar. En verdad, hace todo lo contrario. En el otoño de 1864 afirma que ha inventado «con terror» una «poética muy novedosa» y expone su principio, en efecto en ruptura profunda con las convicciones de la época —es la célebre fórmula «pintar, no la cosa, sino el efecto que produce»—, helo aquí hablando, en el extremo de su fatiga y su agotamiento, del bebé que viene a interrumpirlo, de sus imaginaciones más bien sombrías y depresivas. Al pasar de una carta a la otra se verifica

fácilmente —«¡qué de tormentos!», exclama, «sufro mucho»— cómo se lamenta, gritando su agobio ante la general fealdad, ante su oficio de profesor, que detesta, o bajo la garra del mal físico, el insomnio o la histeria. Desde esos puntos de vista Mallarmé impresiona bien poco, se corre el riesgo de considerarlo débil de carácter, impresionable, ciclotímico, de tomar esa suerte de diario íntimo de sus prolongadas miserias por un bello acto de sinceridad, facilitado por la evidente confianza que Stéphane tiene en la simpatía de sus amigos más queridos.

Pero ¿cómo es posible que también con estos últimos, la redacción de una carta, que le debería resultar fácil, la expansión que necesita en su soledad, le resulte un ejercicio arduo, siempre temido, que compite con su trabajo de escritor en lugar de ayudarlo por el descanso que significa? Por ejemplo, Mallarmé escribe a Cazalis el 23 de marzo de 1864: «Debo escribir cerca de veinte cartas por mes, si no treinta. Las postergo de día en día, son como heridas que se reabren. Sin contar con que una carta salida de mi pluma me da horror, y que no la retomo durante días para escribir mi literatura». Y a François Coppée, el 5 de diciembre de 1866 —en la misma carta donde comprueba: «el azar no hace mella en el verso, es la gran cosa»—: «Durante una velada de conversación sobre cualquier cosa (...) diríamos mucho más. Aparte de que tengo horror a las cartas y las esbozo lo más sucintamente posible para disgustar a mis amigos». La carta, la carta a un amigo, le parece entonces una carga terrible, en todo caso ardua, y se entrega a ella, sin embargo, con un designio mucho más difícil de cumplir que la simple necesidad de decir su pena a sus íntimos. ¿Qué es entonces tal designio? ¿Es realmente disgustar a sus amigos con sus cartas y su persona? Digamos, más bien, para invertir simplemente esta increíble sugestión: es, al contrario, para seducirlos.

¡Para seducirlos! Quizá lastime la palabra, lastime porque hace imaginar un proyecto de naturaleza aparentemente demasiado trivial en alguien que resueltamente se internaba por entonces en la gran noche que va del lenguaje al mundo. Pero ¿no se puede también presentir que, en los altos niveles del espíritu, pueda haber puntos donde lo existencial y lo ontológico tengan necesidad de articularse mutuamente? ¿Hace falta, en tal hipótesis, rehusarse a tomar consciencia de algunos aspectos de las cartas de los años de intensa búsqueda —de 1864 a 1869— donde se advierte que es el trabajo el que absorbe más intenciones de las que Mallarmé jamás hubo sospechado?

Por falta de espacio, sólo me detendré en una de esas cartas, muy importante, la que dirige a Cazalis el 14 de mayo de 1867, desde Besançon, largas páginas donde, una vez más, de entrada, vuelve a quejarse de no poder hablarle de viva voz, que la página en blanco aún le produce